

xismo a seguir combatiéndolos. Alguna razón tendrán en mantener tal preocupación.

El marxismo, a diferencia de la mayor parte de otras filosofías, se ha caracterizado por una más efectiva articulación con la práctica política, económica, social y científica del país o región en que se desarrolla. América Latina no constituye una excepción de esa regla. Aun cuando no siempre prevalecen la creatividad y los elementos aportativos que enriquecen esta teoría porque interpretaciones simplificadoras y dogmáticas pueden haber tenido un determinado peso en algunos momentos, sin embargo, la reflexión cuando ha sido genuinamente crítica por parte de los representantes auténticos del marxismo, ha contribuido a su enriquecimiento teórico. En este plano América Latina tampoco es una excepción.

A pesar del relativo desfase entre la recepción de las ideas marxistas en esta región en relación con Europa, producto de múltiples factores entre los que se encuentra la debilidad del movimiento obrero como lógica expresión de las consecuencias socioeconómicas que llevan al desarrollo desigual del capitalismo, una vez que se produjo el engarce del marxismo con la vida política e intelectual latinoamericana, su papel ha sido decisivo.

La historia latinoamericana del siglo XX se puede escribir desde cualquier perspectiva ideológica, ya sea atacando al marxismo o identificándose con él, pero jamás ignorando su significación intelectual para esta región y mucho menos el efecto político de la actividad de quienes han militado en organizaciones de tal carácter o de forma independiente han ejecutado su labor política y cultural inspirados en sus presupuestos.

Ha habido múltiples interpretaciones del marxismo en el ámbito latinoamericano, que no difieren sustancialmente de las que han existido en otras partes: socialdemócratas, marxistas-leninistas, trotskistas, maoístas, gramscianas, althusserianas, etc., pero también algunas han tenido el sello especial de algunas personalidades del pensamiento marxista de esta región y han sido caracterizadas como mariateguistas, guevaristas, castristas, etc. Tanto en el seno de posiciones ortodoxas como heterodoxas dentro del marxismo ha habido aportes al desarrollo de esta teoría y de la realidad latinoamericana⁸. Desconocerlos sería una nueva forma de dogmatismo.

América Latina ha generado tanto en el orden político como intelectual personalidades creativas del marxismo cuyo reconocimiento internacional les hace ser considerados a una escala de mayor trascendencia en los estu-

⁸ *Sonntag, H.*, Duda, certeza y crisis. La evolución de las ciencias sociales en América Latina. UNESCO. Editorial Nueva Sociedad. Caracas. 1988. p. 153.

dios sobre el desarrollo universal del marxismo. Entre ellas sobresalen José Carlos Mariátegui, Ernesto Che Guevara, Fidel Castro, Rodney Arismendy, Eli de Gortari, Adolfo Sánchez Vázquez, etc.

Un estudio más detallado del pensamiento marxista en América Latina, tarea que está aun pendiente a pesar de notables esfuerzos ya existentes, deberá demostrar en cada país el valor de numerosos aportes intelectuales también de otros marxistas como José Revueltas, Antonio García, Carlos Rafael Rodríguez, Ludovico Silva, Tomás Vasconi, Volodia Teitelboim, Agustín Cueva, etc.

El pensamiento marxista latinoamericano ha incursionado en todas las esferas y problemas teóricos de atención de marxistas de otras latitudes. Han aportado al análisis de los más esenciales problemas filosóficos: la dialéctica, la teoría del conocimiento, la concepción materialista de la historia, la ética, la estética, etc, como la esfera económica y politológica o los temas de la dependencia, el subdesarrollo, la teoría del imperialismo, la estructura socioclasista, el poder, la democracia, la teoría de la revolución, etc. Al mismo tiempo en cada una de las esferas de las ciencias sociales como la historia, la antropología, la psicología, la sociología, etc. el marxismo ha estado presente y continúa siendo un instrumento científico indispensable de análisis, a pesar de los intentos actuales por descalificarlo y de sus evidentes efectos logrados.

Sería erróneo desconocer el efecto de acontecimientos significativos de la historia latinoamericana de este siglo para el desarrollo del marxismo en esta región como la Revolución Mexicana, la Revolución Cubana, el triunfo de la Unidad Popular en Chile, las dictaduras fascistas, la Revolución Sandinista, el movimiento revolucionario en El Salvador, Guatemala, Perú, México, etc., así como el actual proceso de democratización con sus alcances y limitaciones impuestas por la instalación del mundo neoliberal.

El marxismo en América Latina no ha sido un simple eco o una reproducción mimética de ideas y actitudes foráneas. No han dejado de existir momentos de dogmatismo, simplificación, copias de esquemas, etc. pero reducir la historia del marxismo en esta región a tales insuficiencias sería desacertado. En este caso no resultan correctos ni el triunfalismo que empa-lagaba a cierta literatura soviética respecto al devenir del socialismo y de la teoría marxista durante muchos años, ni tampoco el nihilismo postmoder-nista que en la actualidad aspira a borrar toda huella de la significación de esa teoría en la historia contemporánea.

Por otra parte es insostenible admitir la existencia de cierto «marxismo vernáculo» de América Latina que desconozca sus imbricaciones tanto

con las ideas de sus principales gestores –Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci, etc.– como de sus continuadores más relevantes en otras latitudes. Con independencia de la indudable creatividad y los aportes de los marxistas latinoamericanos, ninguno ha proclamado protagonismos de exclusividad, ni los estudiosos de sus ideas han intentado por lo general acentuarlo. El marxismo en América Latina debe concebirse con la personalidad propia que ha tenido en toda la vida cultural y política de este continente. Hay que otorgarle sus justos méritos, su grado de autenticidad con las circunstancias latinoamericanas, con sus insuficiencias y tropiezos, ni más ni menos.

En lugar de visualizarlo como una simple corriente más del pensamiento filosófico, económico o político que ocupe un determinado espacio en la cátedra universitaria o en la vida académica, el marxismo debe apreciarse como un instrumento que ha intentado una interpretación científica de la realidad latinoamericana para emprender su necesaria transformación en favor de superar la enajenante sociedad capitalista. Muchos marxistas no sólo han consagrado su actividad intelectual sino que hasta han ofrendado su vida en esa misión. A ese fin se han subordinado todos sus objetivos.

Este hecho no excluye sino que por el contrario presupone su bien ganado reconocimiento académico en el ámbito intelectual latinoamericano. Si no hubiese alcanzado ese prestigio en ambos planos, en el de la reflexión teórica y en la práctica política y social, no se hubiese constituido en ocupación tan obsesiva de gobiernos, partidos e intelectuales de la derecha tradicional, como ha ocurrido.

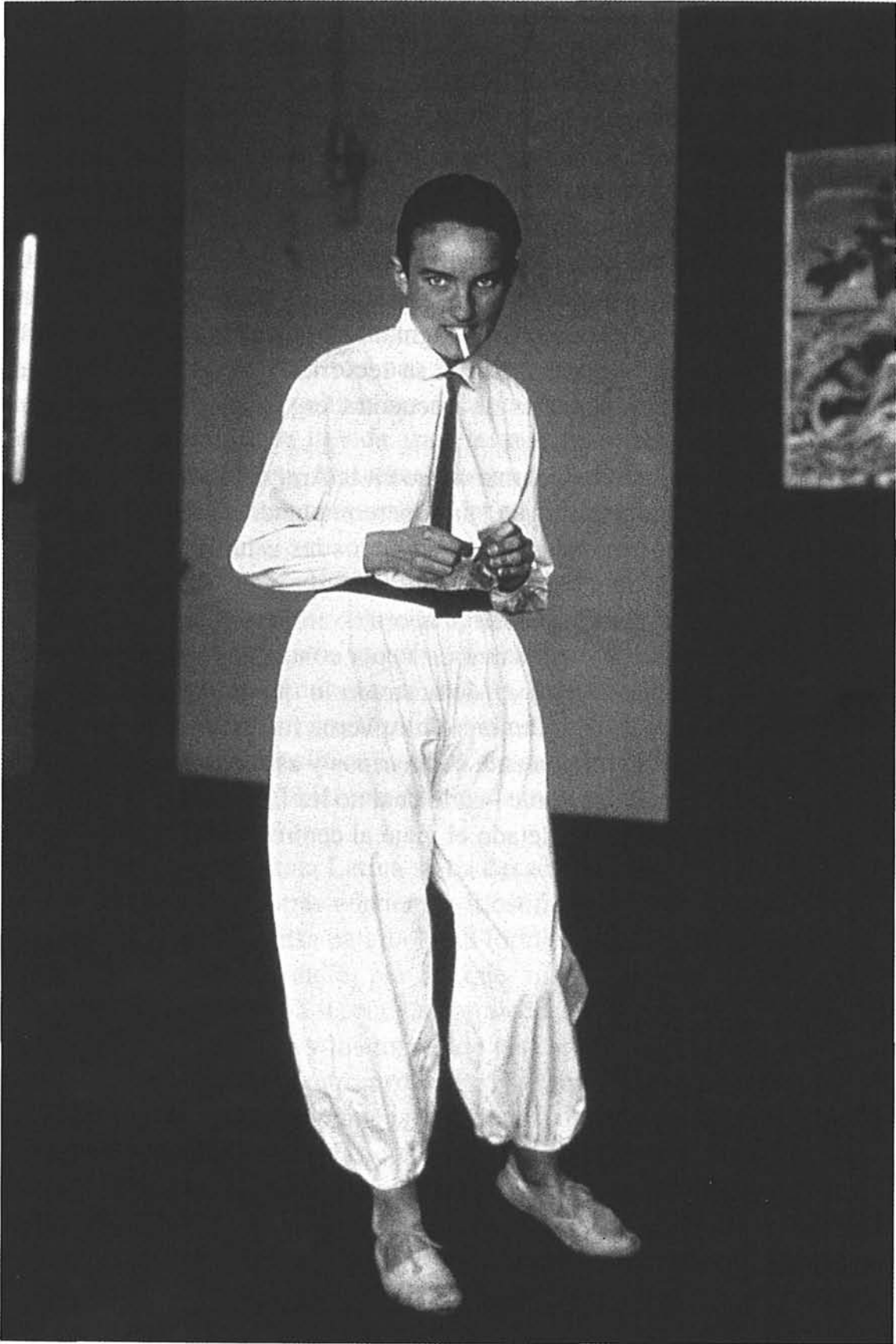
El marxismo en América Latina se ha desarrollado en permanente confrontación crítica con otras corrientes filosóficas, económicas y sociológicas contemporáneas. Esa batalla lo ha fortalecido, pero también ha evidenciado sus partes blandas por lo que sus defensores se han visto precisados a enriquecer la teoría y a fortalecer sus argumentos a tenor de los cambios en el mundo y los logros de las ciencias. Cuando la labor de éstos se ha limitado a encontrar respuestas acabadas para todos los novedosos problemas contemporáneos y específicos en un supuesto arsenal teórico inagotable de los clásicos fundadores, presuponiendo que sólo hay que remitirse a él para tener todas las soluciones, la producción intelectual marxista se ha empequeñecido. Pero, cuando por el contrario, sus intérpretes actuales asumen la teoría marxista por su validez metodológica dialéctica y su concepción materialista del mundo, por su contenido eminentemente humanista y práctico revolucionario para abordar los problemas concretos de los nuevos tiempos y el de sus circunstancias específicas, entonces el marxismo se agiganta y reverdece, sin importarle

mucho si las nuevas conclusiones hubiesen sido totalmente del agrado o no de sus clásicos.

Cuando los marxistas –o al menos los que piensan que lo son– han asumido erróneamente que todos los planteamientos y argumentaciones de las restantes corrientes filosóficas, económicas, sociológicas, etc. son equivocados y no poseen sus respectivos núcleos racionales, el producto de su reflexión crítica se ha esterilizado y lejos de contribuir al enriquecimiento del análisis del asunto lo han obstaculizado.

Es indudable que en la historia del marxismo en América Latina existen estos momentos de estancamiento y dogmatismo, pero han constituido sólo muestras de paradas momentáneas en su recorrido ascendente y creativo, que en los momentos actuales se encuentra en su mayor desafío para demostrar su vitalidad y validez.

Cuando los historiadores del marxismo en la América Latina del presente siglo XXI puedan procesar en sus supercomputadoras las inconmensurables bases de datos interconectadas de todos los estudios al respecto, el adecuado balance crítico, y no simplemente un bosquejo histórico como el presente, indicará el predominio de lo aportado frente a lo anquilosado y la justificación de las luchas de los marxistas por conquistar una sociedad más humana. Sólo entonces podrá ser demostrado lo que ahora parece simple expresión de buenos deseos. También Julio Verne fue un gran soñador. Aún algunos hoy voltean la mirada ante submarinos y astronautas que él vaticinó, y sostienen con escepticismo –en lo cual no les falta razón– que en definitiva todavía no se ha completado el viaje al centro de la Tierra.



August Sander: *La mujer del pintor Peter Abelen* (ca. 1927-1928)